

LA CAMISA DEL HOMBRE FÉLIZ

Hace mucho tiempo, en las lejanas tierras del norte vivió un zar que tuvo una gran enfermedad. Aunque le visitaron los mejores médicos de su imperio, ninguno fue capaz de encontrar remedio a esa enfermedad.

Tan desesperado estaba el emperador que prometió la mitad de su reino a quien fuera capaz de sanarle.

El anuncio corrió como la pólvora por todo el mundo conocido y allí acudieron adivinos, magos, curanderos, médicos y brujos intentando devolverle la salud.

Sin embargo fue un humilde trovador el que se atrevió a dar la solución:

- Yo se la medicina; el único remedio es vestir la camisa del hombre feliz.

Partieron emisarios del zar por todos los confines de la tierra a buscarlo, pero encontrar a un hombre feliz no era tarea fácil: aquel que tenía salud echaba en falta el dinero, quien lo poseía, carecía de amor, y quien lo tenía se quejaba de los hijos.

Mas una tarde, los soldados del zar pasaron junto a una pequeña choza en la que un hombre descansaba sentado junto a la lumbre de la chimenea:

—¡Qué bella es la vida! Con el trabajo realizado, una salud de hierro y afectuosos amigos y familiares ¿qué más podría pedir?

Al enterarse en palacio de que, por fin, habían encontrado un hombre feliz, se extendió la alegría. El hijo mayor del zar ordenó inmediatamente:

—Traed prestamente la camisa de ese hombre. ¡Ofrecedle a cambio lo que pida!

En medio de una gran algarabía, comenzaron los preparativos para celebrar la inminente recuperación del gobernante.

Grande era la impaciencia de la gente por ver volver a los emisarios con la camisa que curaría a su gobernante, mas, cuando por fin llegaron, traían las manos vacías:

—¿Dónde está la camisa del hombre feliz? ¡Es necesario que la vista mi padre!

—Señor -contestaron apenados los mensajeros-, **el hombre feliz no tiene camisa.**

Adaptación del original de León Tolstoi